



Círculo Rojo

Yôhānnān

La tragedia de los anusim

Yôhānnān

La tragedia de los *anusim*

יְנַחֲוִי

Ramón Ibáñez Roc



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: junio 2021

Depósito legal: AL 1750-2021

ISBN: 978-84-1104-582-7

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Ramón Ibáñez Roc

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

Dedicatorias

A mi padre, que partió sin conocer su origen anusim.

A mi madre, recientemente fallecida, que sí conoció su linaje sefardí.

A los amigos que ya no están, a los amigos que por fortuna siguen manteniendo el bendito tesoro de la amistad leal.

Disculpad mi torpeza de no mencionaros a todos por nombre, me lamento por ello, pero les doy las gracias sinceras por su amistad y afecto y por ser fuente de mi inspiración.

A mi familia:

En especial a mi esposa y compañera, Teresa, que pacientemente, a pesar de sus graves dolencias, me esperó sufriendamente muchas noches observando mi pelea con el ordenador y de una forma misteriosa y enigmática me seguía estimulando para que siguiera con mi historia.

A mis hijos, Sara e Israel, para que no pierdan la «Hatikva», la esperanza, y a mis dos nietas, Meritxell y Claudia, que son la luz de esta esperanza en un mundo cada vez más pequeño y complicado, capaz de la más alta tecnología y de la más escasa sensibilidad espiritual hacia nuestros semejantes junto a nuestros compañeros planetarios, los animales y plantas. ¡Pero! ¿Realmente puede ir mejor este mundo cada vez más enajenado y necesitado de ternura y amor? ¡Sí! Pero hay que luchar por ello.

Salmos 39:7

«Y ahora, señor, ¿qué esperaré? Mi esperanza está en ti».

Nota del autor

El nacimiento de una novela comporta esfuerzo, tenacidad y al final... satisfacción, sin llegar a conocer el resultado bien sea el éxito o el fracaso. En mi caso, la adquisición de conocimiento veraz de la época medieval ha sido una pelea ardua y dura. Es mi deseo de escritor novel que la lectura les sea grata y amena. Viajemos al pasado con el vehículo de la mente, con la imaginación, sin restricciones ni peajes.

Aunque los personajes principales son totalmente imaginarios, los hechos históricos son reales; junto a nombres de reyes, merinos y condes.

La intención de novelar y dar vida a mis posibles antecesores solo en mi imaginación puede resultar pintoresco, incluso generar en el lector reacciones de simpatía, compasión, amor, y por qué no, repulsión; este es el objetivo.

¿Dónde empieza la realidad? ¿Dónde termina la ficción? La historia de Yöhännän, siendo imaginación, está repleta de realidades e historias, lugares, propósitos y frustraciones que de hecho sucedieron, nos hablan de seres que aman, odian, ambicionan y perdonan, no siendo tan diferentes a nuestros días.

Yöhännän, el judío... Yöhännän, el converso... Yöhännän...

Siempre...

Yöhännän...

Prólogo

Bajo la Sombra del «Prestige»

15 de septiembre de 2019. El día se había mostrado muy caluroso, pesado era el último día del período de trabajo, felizmente para mí la jornada ya había terminado. Tumbado en el césped del complejo «Prestige». Relajado, tranquilo y oyendo el murmullo del mar, rompiendo suavemente sus olas contra las rocas. El olor del salitre marino, la suave brisa que bajaba del monte transportando perfumes de lavanda, romero y tomillo, mezclado con el olor a pino y tierra húmeda era una orquesta de sensaciones y aromas incomparable, un auténtico festival de la naturaleza.

La Sierra de Írta, humilde cadena montañosa de no más de 500 metros de altura, siempre hermosa y atrayente, mostraba en el horizonte unas nubes amenazantes sobre la ermita de Santa Lucía. Aunque las nubes ponían en tela de juicio el buen día transcurrido a partir del mediodía.

Cansado, con la labor cumplida, me permití unos momentos de relajamiento, aquello era para mí un pequeño broche de conclusión y final de la temporada que languidecía lentamente. En pocos días daría paso al otoño, ¡ningún alma humana en el «Prestige»! Solo, desierto y vacío, el complejo y yo, su único habitante en aquella tarde de domingo.

Me alivié con un baño en la piscina, era un auténtico lujo asiático, una zambullida más y se acabó.

Ahora, sobre el césped debajo de unas palmeras mi cabeza empezó a dar vueltas y giros, molinetes, revoluciones y rotaciones como si de un carrusel infantil fuera.

El viento dejó de soplar y la sensación de bochorno volvió a apoderarse del día, eran las seis de la tarde, aunque, así fue el día anterior, unas miserables gotas de lluvia a partir de medianoche que no llegaba ni para hacer un café, así es el clima mediterráneo con largos periodos de sequía y borrascas con lluvias torrenciales.

Perezosamente fui adormeciéndome, con los sentidos hipnotizados me quedé profundamente dormido.

Desconozco el tiempo transcurrido, no sé si en fase REM o en ciclo de locura, desconozco si fue una alucinación hipnagógica o hipnopómpica, no es mi hábito tomar ningún tipo de estupefaciente ni alucinógeno, en mi mente pasó como si viera una película acelerada de imágenes, palabras y datos que fluían en mi cerebro a una velocidad de vértigo. Ningún ordenador de alta gama podría absorber tanta información.

Rígido, sereno, sin notar ningún dolor en mis músculos entumecidos, no lograba entender qué me pasaba, ni por qué oía claramente en mi cabeza una voz suave, amable, que con energía me llamaba:

—Yôhännân... Yôhännân... Yôhännân...!

—¿Quién me llama? ¿Por qué me llamas Yôhännân? ¿Quién eres?

—Soy la voz de los *anusim*, de los forzados. El grito de los hijos de Israel perdidos.

—¿Qué tiene que ver conmigo?

—Tu apellido.

—Yo soy un Ibáñez, ¿qué tiene de importancia mi apellido?

—Pues que eres Yôhännân en hebreo. Soy la voz ancestral, llamando a los hijos conversos de Sefarad los *Bnei anusim sefaradím* (los hijos forzados).

—No comprendo nada de lo que me dices, mi nombre es Ramón, Ramón Ibáñez.

—Tú no conoces tu origen, yo te hablo de un largo peregrinaje, desde las tierras de Israel hacia todas las naciones. Siempre cambiando, Yoannes en Grecia, Ioan en latín. El desplazamiento de los visigodos al descender hacia el sur del continente aportó sus nombres y apellidos, en tu caso, *Iván-Iban*, el *ez* final significa *hijo de Iván*, aquí es donde se cierra el círculo de tu búsqueda, tu nombre original, Iban, es Yôhännân; y Yôhännân es hebreo.

»Escúchame, tendrás sueños, y recordarás la información que te contaré en este sueño, visionarás sucesos de los Ibáñez en el pasado, cómo pasaron de judíos a conversos. Conocerás la diáspora de Israel a todo el mundo civilizado. Ahora, escribe... Yôhānnān, escribe...

La historia y su génesis 26 de febrero de 1328

Torre Zumeltzegi en el Alto Deva. Residencia del conde Beltrán Ibáñez de Guevara, señor de Oñate.

Las noticias de la vecina Navarra no estaban siendo demasiado halagüeñas, los sucesos que envolvían a distintos pueblos y villas eran para estar en alerta máxima.

Ya en el 1321 los movimientos en contra de los judíos por desgracia de reyes y gobernantes se hacían constantemente notorios.

La sublevación de «los pastorelos» del Pirineo francés. Considerados como «hordas de bandidos», excomulgados por Clemente V, penetraron en Navarra en el año 1321; el merino de Estella-Lizarra, Druc de Saint-Pol, fue a Pamplona para defender a la ciudad de sus muchos ataques, el cual citó en el libro de cuentas «que estos individuos han venido, a fin de matar a los judíos».

Un día de marzo, el merino mayor de Guipúzcoa, el conde Beltrán Ibáñez de Guevara, señor de Oñate, llamó a Álvaro el cual era desde hacía tiempo su hombre de absoluta confianza; a partir que lo apadrinara en su conversión y posterior bautismo convirtiéndose en un cristiano nuevo doce años atrás. Su progreso había sido notoriamente ascendente. Álvaro nació dentro de una familia judía en la aljama nueva de Estella-Lizarra, y fue ordenado caballero por su padrino el conde don Beltrán. En 1328 era un hombre joven de veinticinco años.

Aquel día de febrero, el merino le encomendó que partiera en dirección a la localidad navarra de Estella-Lizarra, en una misión transcendental. Las noticias y tensiones entre la población judía y la cristiana eran realmente alarmantes en todo el reino de Navarra. Dada la circunstancia de que Álvaro era originario de la ciudad de Estella y poseía todavía familia judía en ella, le podrían informar en primera persona de la complicada situación; al tiempo de visitar al justicia mayor de Pamplona.

Fue el propio Beltrán quien marcó una ruta bajando por los pueblos fronterizos entre Guipúzcoa y Navarra.

—¡Álvaro! Atiende atentamente e investiga sobre el terreno los puntos críticos del país vecino, así como conocer su situación de alarma—especificó el conde.

El merino conocía bien los detalles y la preocupación de Álvaro. El goteo incesante de fechorías y arengas por parte de un fraile franciscano

antisemita que odiaba a la población hebrea no era nada satisfactorio económicamente para los gobernantes. El diez por ciento de ingresos a las arcas reales procedían de las juderías.

Álvaro ensilló el caballo, la montura en perfecto estado, las herraduras del equino las habían cambiado por otras nuevas en la herrería de Ortuño, un auténtico maestro con el yunque y el martillo.

La vestimenta de Álvaro manifestaba que él no era un simple soldado de la merindad guipuzcoana, pertrechado con su armamento de defensa y ataque, incluyendo a Ligero, un extraordinario alazán, brioso y joven animal. Álvaro era un hombre con voz y autoridad a las órdenes del conde.

Se despidió afectuosamente del merino, agradeciendo su confianza, recibió las órdenes del trayecto de los distintos pueblos y villas, hasta llegar a Estella-Lizorra y Pamplona.

Partió Álvaro alrededor de mediodía en dirección a Guevara, hogar de los condes antes de ser nombrado merino mayor de Guipúzcoa, aunque su vida seguía sujeta a la vieja fortaleza. Pasaría allí la noche, algo más de media jornada a caballo lo separaba; podrían culminarlos al atardecer sin fustigar en exceso al alazán, había tiempo suficiente para llegar al castillo de la familia Guevara.

En su salida de la Torre Zumeltzegi miró el hermoso palacete de piedra cantera; nunca lo había observado a contraluz, preparado para su defensa con muros de más de tres codos de anchura. Observó el escudo familiar de los Guevara, presente en la entrada de estilo gótico que le daba un porte bizarro y señorial. Tomó aire y espoleó al caballo.

Con un suave trote sería suficiente, no quería que sufriera su alazán ningún percance, el camino estaba muy deficiente por las lluvias pasadas.

Aunque era 26 de febrero, el día había despertado soleado, amaneció bastante frío, había muchas zonas con rastros de nieve dispersa. Cubierto por un grueso capote de lana, seguía pensando en el motivo de su viaje y de las circunstancias y peripecias que tuvo que vivir hasta llegar a ser un caballero de los condes de Guevara.

Mientras cabalgaba recapacitaba sobre su pasado. Su existencia, su salida de Estella-Lizorra un día de julio trece años atrás, marchó como un niño judío de doce años y ahora volvía a su tierra como cristiano converso y guerrero, se preguntaba a sí mismo en voz alta:

—¿Cómo me recibirán? ¿Entenderán que yo solo era un niño? Finalmente mi conversión fue una estrategia de mi progenitor, mi padre Isaac ben Yôhännân lo hizo para protegerme.

Así cavilaba mientras descendía de Oñate hacia a Araotz. Un vilorio encajonado entre las sierras de Zaraia Aizkorri y Elguea.

Aunque el camino era montañoso no dejaba de ser la mejor ruta para llegar lo más pronto posible a Guevara. Descendió por una cuenca al desfiladero de Jaturabe, observó muchas casonas a diestra y siniestra del camino y un barranco exuberante de vida boscosa, en la base del monte Orkatzategi.

El trote del alazán le despertó el hambre y llegó a la pequeña aldea de Elguea; realmente, solo eran unas pocas casas diseminadas junto al camino. Eligió la que parecía ser una posada donde poder resarcirse del frío y el cansancio tomando algo caliente. Lo que aspiraba a ser una posada era un simple caserón junto a la vía, pero suficiente para matar el gusanillo del apetito.

—¡Buenos días! —exclamó el posadero.

—Buenos son, veo un cartel que dice: «¡Comidas!». ¿Es posible comer caliente?

—Para esto estamos, ¿va usted muy lejos?

—Al castillo de Guevara.

—No le queda mucho recorrido.

—¡No!, pienso bajar por Ozaeta y Barrundia.

—Es la mejor opción. ¡Mire! Le puedo ofrecer estofado de corzo, ¡señor!

—¿Un fantástico estofado de corzo?, saciará el hambre.

Álvaro había olvidado que traía alguna vitualla en la alforja, que el intendente de cocina don Mariano le había proporcionado. Su apetito sucumbió ante el sabor del puchero de corzo caliente, con hambre canina devoró sin preámbulos ni misticismos el plato; pagó la cuenta y se marchó satisfecho.

Seguía recordando el caballero su partida de Estella-Lizarrá; cuán difícil había sido romper con su mundo, sus amigos, la familia; y las tradiciones judías, no fue nada fácil.

Resonaba en su mente los juegos de su niñez, fuera de la aljama había una preciosa y enorme encina que en un día de tormenta un rayo partió en dos. Recordó el desencanto de los niños, los cuales jugaban debajo de su sombra en los días de verano, las madres lloraban al contemplar el desastre, nadie se acostumbró al quebranto de la belleza destrozada; aquello fue un auténtico velatorio, todos cristianos, judíos o musulmanes quisieron darle el último adiós y llevarse consigo pequeños

pedacitos del tronco y algunas bellotas como amuleto, el resto del árbol se utilizó como madera para el fuego de la sinagoga en invierno.

Abel ben Nifosí y su hermano Rubén tuvieron la feliz idea de guardar algunas bayas de bellota, pretendían plantar algunas en los alrededores, desdichadamente, no germinaron; la naturaleza en ocasiones se muestra esquiva. Qué bueno era compartir con todos los vecinos sin barreras de credos ni creencias, participaban en los juegos, las canciones y las historias infantiles, bajo aquella magnífica encina.

El almuerzo y el vino provocaron modorra al caballero, una sombra le invitó a dormir junto un abrevadero, antes de llegar a la villa de Barrundia.

—¡Bendito lugar fresco que socorre con algo de sombra y agua al caminante! —exclamó Álvaro.

El estómago aliviado, el vino, y la calma del lugar lo sumergieron en un reparador sueño bajo un enorme roble.

—¡Por Dios y por las llagas de Nuestro Señor Jesucristo! —resopló Álvaro—, debe ser más de media tarde —se lamentó.

Rápidamente montó el corcel que estaba mordisqueando la hierba fresca, Ligerito, el alazán, molesto por alejarlo de su abastecimiento, relinchó quejándose por este inoportuno avatar.

—¡Perdona, Ligerito! Tenemos que partir —le susurró Álvaro al noble animal.

Con arrogancia, Ligerito se puso en marcha y asentía a su dueño dándole pequeños cabezazos en la pierna, como si lo disculpara de toda responsabilidad alimentaria.

La tarde caía lánguidamente; en el horizonte, ahora, la majestuosa imagen del castillo de Guevara se le presentaba gloriosa. Desde siempre aquella había sido su casa a excepción de los veinte últimos meses. Los múltiples ajeteos militares hacían que parara muy poco en ella. No podía olvidar que fue aquí donde creció, se hizo hombre al lado del capitán Felipe y los hijos de Beltrán, los infantes de Oñate, Pedro Ladrón y Juan de Guevara, su hermano menor.

Fueron tiempos de aprendizaje, de salidas los tres juntos con la tropa para controlar el territorio del bandidaje, hasta que al conde Beltrán lo emplazaron para que se hiciera cargo de la merindad de Vizcaya. Trasladaron el gobierno de la fortaleza de Guevara por la de Oñate.

La blancura del castillo sobresalía sobre el fondo sombrío de las peñas de San Adrián. Sus ojos se clavaron en los monumentales torreones;

aunque, una densa niebla las fue ocultando de la vista, dándole un aspecto fantasmagórico y espléndido.

El lugar estratégico del castillo de Guevara lo convertía en un recinto seguro, dominando los caminos de Vitória-Gasteiz, Oñate y Guipúzcoa.

Llegada al castillo de Guevara. 26 de febrero 1328

La arribada al castillo fue inesperada: el infante Juan, hermano menor de Pedro Ladrón Vélez de Guevara, no se hallaba en aquellos días en la fortaleza; el hombre de confianza de Juan desconocía y no entendía cómo no se le había comunicado la visita.

—No se preocupe usted —respondió Álvaro—, la carta sellada del conde Beltrán para su hijo se la entregó a usted.

Álvaro tampoco comprendía esta embarazosa situación, quizás el hombre era novel en su puesto, justificó. Para Beltrán la gestión de la merindad guipuzcoana igualmente no dejaba de ser nueva para él, a pesar de su experiencia de gobierno en su feudo.

—Por favor, tenga su merced facilitarme la carta con el sello del merino mayor; no se preocupe, se la daré cuando vuelva el infante Juan.

—Sin ninguna objeción —respondió Álvaro—. Por cierto, observo por las credenciales que usted también es un hombre de confianza del merino mayor.

—¡Así es!

—¿Cuál es su nombre, señor?

—Diego Fortea, para servirlo, don...

—Álvaro, Álvaro Ibáñez de Guevara, ¿Es usted nuevo en la plaza del castillo?

—¡Sí! Soy de Leintz Gatzaga.

—¿Las Salinas de Leniz? Bello lugar —señaló Álvaro.

—¿Las conoce usted?

—Estuve en una de nuestras correrías, con los hijos de don Beltrán y nuestro capitán Felipe, persiguiendo a ciertos malandrines de la zona.

—¿Cómo está el capitán Felipe?

—Siempre batallando en las fronteras, ¿conoce usted al capitán?

—Sí, compartimos unas semanas acompañando a don Beltrán hacia Vitoria- Gasteiz, cuando se instituyó la hermandad de Arriaga.

—¿Cómo conoció a su hijo Juan?

—Nos encontramos en Mondragón, en una taberna, donde se montó una pelea con unos herreros, estábamos un poco subidos de tono, allí lo ayudé a salir del atolladero y así fue como nos hicimos muy amigos.

—Bendito encuentro —respondió, Álvaro.

—¡Pues sí! Me honró de su amistad. Juan Vélez de Guevara me pidió que me trasladara al castillo al partir su padre hacia Oñate para ocupar la merindad de Guipúzcoa.

Diego era un hombre de unos treinta años de edad, guipuzcoano, del Alto Deva, de aspecto teóricamente frágil, pero fuerte, con andar seguro de sí mismo, daba la impresión de ser un buen gestor sin más, por este motivo le molestaba no haber tenido noticia de la llegada de Álvaro. Escuetto, conciso y directo en su conversación invitó al que sería su huésped.

—Pasemos a las estancias interiores... Su merced, no deseará quedarse en el porche ¡verdad!, esta es más su casa que la mía.

—Cierto, aunque, llevo casi dos años fuera de ella.

—Seguiremos dentro la conversación mientras cenamos un buen asado de cordero a fuego lento.

—Es usted muy atento, señor Fortea.

—Entonces, ¿es usted familiar del actual merino? ¿Sobrino quizás?

—¿Por qué lo pregunta?

—Perdón, ¿al oír el apellido Ibáñez?

—No exactamente, él es mi padrino de bautismo cristiano.

—¿De su bautismo cristiano?

—Sí, mi nacimiento e infancia fue como judío. El conde Beltrán me hizo bautizar por orden de mi padre, así tuve el honor de formar parte de sus nobles apellidos.

—¡Bien dice usted!, nobles apellidos. ¿Cuándo se bautizó?

—A los doce años cerca de cumplir los trece.

La tarde se desplomaba y la humedad hacía que los huesos entumecidos se estremecieran, un buen techo como el del castillo, una buena comida y un mejor lecho; ¿qué más podía pedir?

—Gracias, don Diego.

—Tomad vino de la última cosecha, no os hará ningún mal.

—Conozco bien la bondad y generosidad de este vino.

Los dos hombres de confianza, oficiales de alto rango, se sentaron a comer, tomando vino siguieron conversando. Diego parecía no haber comido en una semana. «Gracias a Dios, que don Diego era delgado —pensó Álvaro—, si no, termina con el cordero entero».

—No deseo ser indiscreto ¿Por qué cambió de religión?

—Fue un deseo expreso de Isaac, mi padre.

—¿Qué le motivó a tomar tal decisión?

Álvaro empezó a relatar las distintas vicisitudes de su progenitor en Estella-Lizarra, pocas veces abría su corazón y esta ocasión fue una de ellas.

La historia de Isaac, el ebanista

—Una vez, mi padre se aproximó a mí, era *Sabbat*, acababa de hablar un rabino invitado en nuestra sinagoga, el hombre era de Pamplona, nos visitaba con alguna frecuencia. Cuando se acercó mi padre, sabía quién era, este tenía cierta fama de engreído y desagradable. Circulaban ciertos comadreos de que gozaba de mala estrella y que lo que realmente buscaba era poder comandar la judería de Estella. Uno de los mamarrachos que así pensaba era Moshé ben Benveniste, mal elemento de la judería y peor para tenerlo de enemigo. Mi padre, Isaac, no disfrutaba de muchos amigos en la aljama. La pérdida de su esposa lo había retraído en su vida social, pero esto no implicaba que mantuviera los mínimos de cortesía para con todos, aunque hubiera gente que recelaba de él tachándolo como una persona antisocial. Isaac no atendía a los chismes de algunas comadrejas, simplemente tenía puestos los cinco sentidos en su trabajo y en mí.

—«Shalom», soy David ben Hakim, de Pamplona, amigo de Benveniste.

—«Shalom», David. ¿Es usted rabino en Pamplona?

—Bueno, ejerzo cuando está enfermo el titular de la sinagoga.

—¡Ah! —respondió Isaac.

»Le brindó la mano y este se la estrechó con efusión. El hombre se perdía en halagos mostrándose sociable al tiempo que intentaba ser forzosamente amable con Isaac. Observando el poco interés mostrado por mi padre, fue directamente y sin florituras al grano.

—Tengo entendido que tu oficio es ebanista, de los que construye muchos objetos en madera.

»Isaac admitió fabricar en madera diversos encargos.

—¿Y cómo lo haces? —preguntó David ben Hakim.

—Depende del tipo de encargo, a veces les esbozo el proyecto en papel; otras no hace falta y con una explicación basta. Quizás sea porque soy judío, la gente sabe que soy muy meticuloso en mi trabajo. —Sonrió levemente Isaac.

—¿Podrías construir una portalada labrada con ornatos y filigranas?

—¿Filigranas? A decoración te refieres ¿y dónde lo quieres? —Isaac estaba estupefacto.

—Me refiero a una portalada tallada, labrada en madera en una iglesia.

—Bien, tendría que estudiar con más detalle y exactitud el motivo para encarar este trabajo.

»Isaac adivinó por qué se había ganado a pulso la reputación de trapisonda y presuntuoso, hablaba con un cierto aire pedante, aunque, percibió un leve tono burlón en su pregunta.

—Te diré —le apuntó Isaac—. Si me pidieras una ventana, puerta o cama; no te haría ninguna pregunta, me limitaría a preguntarte el tamaño, el grosor y decirte el precio; pero ¿un portalón labrado? No es poca cosa, ¿comprendes! ¿Y dónde se debe realizar la obra?

—¡Espera! Te pregunto... ¿Te desagrada tener que viajar en estos tiempos?

—Sí y no. Tengo un hijo muy joven de doce años, el cual tendría que dejarlo solo y esto me molesta.

»David advirtió que no sería fácil conseguir su objetivo de negocio, había gente en la sinagoga, sin perder de vista la reacción de Isaac con un ojo, con el otro continuaban figoneando la impresión de la concurrencia. Fuera, ya en la rúa, otros aguzaban los sentidos intentando saber de qué iba toda la conversación; asimismo, los guardianes de la torre del castillo de Belmecher no les quitaban el ojo de encima. Isaac no ocultaba su sorpresa, en todos los lugares existen personas que posee imán, son influyentes y consiguen negocios sin apenas mover un dedo. David parecía ser una de estas personas. Hakim se percató que dándole adulación no conseguiría ablandarlo. Lo principal para Isaac era que respetara su trabajo.

—Muy bien. Le diré dónde está el trabajo y cuál es la comisión que yo quiero. El encargo es en Salvatierra-Agurain —respondió él con calma—. En la ermita de San Martín —insistió Hakim.

—¿Qué? —Isaac sonrió con cara de susto—. Aguarde un poco. Salvatierra está a dos jornadas en carreta desde Estella-Lizarra. Si ocurre algún problema, cómo poder arreglármelos tan lejos de mi hogar. Tal vez, quieras que me socorra un ángel. —Rio Isaac.

»David comprendió que Isaac no era de los que le gustaba bromear y contraatacó sibilinamente.

—¡Sabes! Conozco tu situación apurada en estos momentos, si no encuentras un trabajo urgentemente perderás tu taller y te quitarán tu casa. Este cometido es bastante importante, el portalón se quemó por un rayo en una tormenta y debe ser reparado o cambiado, tú decidirás ¿qué es lo que quieres hacer? ¿Te limitarás a sentarte en el dintel de tu casa a esperar tu ruina?

»Isaac movió la cabeza, aquello era absurdo, pero era cierto, su situación era acuciante, hundido en sus problemas, cabeceó negativamente y respondió:

—Perdón, esto no es asunto tuyo, a mí me ofrecen trabajo para solucionar problemas en madera, pero tú me contratas y me escondes qué quieres conseguir, habla claro, David.

—Evidentemente, quiero el treinta por ciento del importe limpio de tu labor. Tienes que saber que tengo muchos contactos que te pueden ayudar a superar tu deplorable situación económica. Tú pones tus manos, el viaje, la madera y el trabajo.

—¡Sí! Y tú te llevas una comisión leonina sin trabajar. Mira, déjame pensarlo esta noche y mañana te doy mi respuesta.

—¿Cuánto crees que puede subir el importe de una puerta como esa? —preguntó, frotándose las manos David.

»A Isaac se le hacía incómodo tratar con aquella rata sin entrañas, estaba empezando a disgustarle el estilo maquiavélico y embaucador de aquel tipejo. Cuando uno lleva tantos años trabajando honradamente y tiene que decidir sobre algo tan desagradable, puedes acabar asqueado de estos charlatanes que te ofrecen la luna. Aquel individuo, desde el principio, le fastidiaba; pensar en un trabajo como aquel que sin incrustar un clavo, alguien se llevara un porcentaje tan alto sobre el beneficio, le pateaba el hígado.

»A la mañana siguiente, desafortunadamente le tuvo que dar su aceptación muy a su pesar, sus acuciantes problemas no permitían más aplazamientos ni retrasos... Su pequeña propiedad y la responsabilidad delante de su hijo así se lo exigían. Isaac ben Yôhānnān comprendía la mala reputación de algunos judíos, observando el comportamiento de ciertas sanguijuelas.

El viaje de Isaac a Salvatierra- Aguráin junio 1315

—Mi padre, definitivamente aceptó el trabajo en junio de 1315. Ausentarse de casa aunque fuera por cuestiones de su labor no le cautivaba ni seducía, él era un eficiente artesano.

—Entiendo su desespero, ningún padre en sus cabales desea el mal para su casa —sentenció Diego Fortea.

—Finalmente, se puso en contacto con el abad, un buen amigo del susodicho vividor, David ben Hakim.

»Don Damián de Zurbano era el superior de la iglesia del castillo de Belmecher. Este era un hombre menudo y gordinflón, al cual le olía el aliento a bebidas espirituosas.

—Ya, suele ocurrir, existen clérigos que no merecen el respeto —dijo Fortea.

—Quizás este era uno de ellos, desaliñado y pachón, escribió una misiva sellada. Mi padre tuvo la sospecha que este debía de ser un eslabón más de la terna codiciosa.

—Vete tú a saber, de todo hay en la viña del Señor.

—Isaac se despidió con unos buenos días y vaya con cuidado de no perder la carta para el hermano prior de la ermita de San Martín, de Salvatierra-Aguráin.

—Fueron tiempos muy duros los años aledaños al 1315.

—Supongo que sí, amigo Diego. Las cosas en la judería de Estrella-Lizarrá no discurrían tranquilas ni se nadaba en la abundancia y aquel trabajo podía aliviar nuestra penuria económica. Desde la muerte de mi madre todo iba mal.

—La muerte de la esposa siempre suele ser un quebranto para cualquier persona.

—Para mi progenitor, mucho más. Desde el fallecimiento de mi madre, andaba como perdido en la nada. Sabía que tenía que seguir luchando, era ley de vida, yo era el único hijo que le quedaba, me necesitaba más que nunca. «¡Roman! —me comentaba mi padre—, jamás dejes que nadie te pise».

—¿No se casó otra vez?

—No quiso de manera alguna volverse a casar, a pesar de los consejos de amigos, mismamente el rabino de nuestra sinagoga Yehudá ben Ezra le recordaba que la vida continúa y que para su

pequeño Roman una nueva madre le sería conveniente para su educación.

—Es evidente el intenso amor de tu padre hacia tu madre.

—Isaac siempre le respondía de igual manera: «¡Rabí! En toda mi existencia de casado he sido el palomo de mi paloma, incluso mucho más allá de la vida y de la muerte». Isaac no tenía ojos para ninguna mujer que no fuera mi madre, no podía olvidarla ni en un año ni con mil.

—Maravillosa la postura de tu padre, ¿qué hizo él entonces?

—Aquel día de junio Isaac rebuscó en su taller todas aquellas herramientas que pensó que le serían útiles, las cargó en su carromato, se abrazó a mí con tristeza, noté en sus gastadas manos la ternura infinita de mi padre, tener que dejarme a cargo de unos primos lejanos como única familia que nos quedaba, no era lo más acertado y deseable para él.

—¿En cuánto tiempo estimaba tu padre el encargo?

—No lo sé, ¡quizás!, un par o tres semanas.

—¿Era la primera vez que te quedabas solo?

—Sí, los pequeños trabajos los hacía en la carpintería, en otros lo acompañaba y lo ayudaba.

—Comprendo que no le gustara dejarte solo tanto tiempo.

—Él confiaba en su primo y el buen hacer de los hermanos de la sinagoga, el rabino haría el resto.

—Sé del aprecio de los judíos para con su prole.

—Así es. Con mucho pesar salió por el puente de la cárcel, cruzó el río Ega y enfiló su carreta hacia el sendero de la sierra de Urbasa.

»El camino era pesado y farragoso, dos o tres jornadas como mínimo por delante con algunas vituallas para entretener el hambre y poca cosa más.

—La senda de Urbasa es sufrida y tortuosa, alguna vez he pasado para ir a Ollobarren, y la verdad no estaba el camino para que las carretas fueran ligeras.

—Cierto, amigo Diego. Si no fuera por la perseverancia inquebrantable de mi progenitor y la necesidad, quizás otro hubiera dado media vuelta sin pensarlo.

—Lo que hace la necesidad, amigo Álvaro.

—Sí, hay que ponerle corazón a la adversidad.

El encuentro con don Beltrán Ibáñez de Guevara

—Isaac llegó cerrada la noche, a las cercanías de Salvatierra-Aguráin, cerca de la ermita de San Martín, un fuerte griterío y lamento lo puso en guardia, tomó un par de herramientas y bajó del carro. Una fuerte pelea con gritos pidiendo socorro con sonidos metálicos se oían a pocos pasos del carromato. Isaac, mi padre, se acercó con prudencia, se topó con un cuerpo inmóvil, unas siluetas se reflejaban en la escasa luz de la luna. Se lanzó contra el pequeño tumulto con los utensilios de ebanistería, un escoplo y un cincel, se abalanzó contra ellos, vio que el que yacía en el suelo era un soldado; dos hombres intentaban asaltar con intención de robar a un segundo caballero que desplomado en el suelo pedía ayuda, se arrojó contra uno de los forajidos clavándole el escoplo en el vientre, el malhechor herido, aullando de dolor, aprovechando la oscuridad se ocultó entre la maleza y se esfumó.

»Mi padre no corrió detrás de él, ya había recibido una buena puñalada, el escoplo tenía una longitud de un palmo de largo y una pulgada de ancho, no podía ir muy lejos con la herramienta clavada. El segundo individuo intentó agredirlo, mi padre esquivó el movimiento y sujetándole por el brazo izquierdo le clavó el cincel en el cuello y con una sacudida lateral le cercenó la yugular, una fuente de sangre brotó de su nuca e hizo que se desplomara sin vida a los pies de Isaac.

—Tu padre..., no era un hombre timorato.

—¡No! Aparentemente era una persona tranquila y serena, un valor añadido a sus múltiples bondades, era generoso y valiente, pero cuando era cuestión de defender la vida de alguien se convertía en un león; y en aquel evento lo manifestó.

—Bien cierto, otro que no fuera militar hubiera puesto tierra de por medio —dijo Diego Fortea.

—Sí, aunque era un hombre amante de paz, no se amilanaba fácilmente —apostillo Álvaro.

—¿Pero quién era aquel caballero al cual liberó de sus captores?

—Como ya puedes suponer, era alguien de alto rango.

—Quien requiere un escolta no es un plebeyo.

—Era Beltrán Ibáñez de Guevara, señor de Oñate. Magullado y herido en los brazos y en las piernas intentaba levantarse del suelo sin conseguirlo. Su caballo había huido y él no podía apenas sostenerse

de pie, Isaac lo subió a su carreta, le dio de beber y se desvaneció. Los cadáveres del malogrado soldado y el malhechor fueron cargados en la parte trasera del carro, acto seguido fue a buscar una posada para que algún médico de Salvatierra-Aguraín lo pudiera curar de sus heridas y magulladuras.

—¿Cómo solucionó él solo la situación?

—Desgraciadamente no conocía a ningún médico de Salvatierra-Aguraín, estaba fuera de su entorno más cercano, pero un peregrino, que andaba de paso rumbo al Camino de Santiago, se acercó y ayudándolo declaró que había hablado con un doctor judío, un tal Abner de Burgos, que volvía de regreso a su ciudad donde ejercía la medicina.

—Me suena ese nombre. ¿No ejercía de rabino en la judería burgalesa?

—¡Sí! El que ayudó a mi padre andaba haciendo el camino del francés hacia Santiago para rendirse al apóstol, era un hombre robusto, no muy alto, afable y atento. A lo cual Isaac le preguntó:

—¿Podría usted ser tan amable y conducirme a la posada?

—¡Por supuesto! ¿Señor... don?

—Isaac ben Yôhännân para atenderle.

—¡Bien! Vayamos pues sin demora —respondió el peregrino.

»Subió pues el peregrino a la carreta y le fue mostrando el camino al albergue de piedra que de hecho no estaba demasiado lejos.

—Estamos cerca del lugar donde se halla la hostería.

»Tal como lo describió el peregrino, una posada de piedra labrada, bien adornada entre árboles frondosos, emergió de la oscuridad.

—¡Ha... de la posada! —gritó el peregrino golpeando la puerta.

—¡Ya va, ya va! —exclamó el posadero.

»Se oyó alguien bajando pesadamente unos escalones de madera, de súbito se abrió un pequeño ventanuco lateral y una voz ronca con la cara de pocos amigos preguntó:

—¿Qué desean a estas horas de la noche?

—Perdone usted si somos inoportunos a estas altas horas de la noche.

—Dígame qué pasa.

—Traemos a un herido y este señor me ayudó, disculpe, todavía no le he preguntado su nombre.

—¡Francisco Torroja!, para servirle.

—Muchas gracias, señor Torroja. El señor Francisco estuvo aquí este mediodía, y coincidió con un médico judío de Burgos. Abner, confesó que se llamaba, ¿sigue aún en la posada?

—¡Pues han tenido fortuna de encontrarlo! Tenía que haber partido hacia Burgos ayer por la tarde, pero tuvo que atender un problema de salud a la hija de un vecino de Salvatierra-Aguraín, así que retrasó su partida hasta mañana temprano, aunque observando que está por amanecer será dentro de unas pocas horas —respondió el posadero.

—¿Sería usted tan amable de reclamar su atención? —preguntó Isaac.

—No sé...

—No es una cuestión de dinero —respondió Isaac—. Es una razón de vida o muerte, me comprende, señor. Traemos a un hombre que ha sido asaltado y está malherido.

—De acuerdo —respondió el posadero.

»Subieron la estrecha escalera con sigilo y llamó a la cuarta habitación, la posada disponía de ocho aposentos, el camino del francés para llegar al santo de Compostela impulsaba a muchos peregrinos a resguardarse y dormir en el albergue. La ruta estaba bastante concurrida según los meses y el año; dependiendo si era tiempo de jubileo o no. Dio unos golpecitos en la puerta y... le llamó:

—¡Señor Abner, señor Abner...!

—¿Qué ocurre, Martín?

—Ruego me disculpe, señor Abner... ruego me perdone.

»Se intuía cierta familiaridad en el trato, Abner de Burgos debía ser un cliente habitual. El doctor abrió la puerta con la cara de no haber descansado demasiado. Exclamó:

—¡Martín! ¿Me puedes explicar qué pasa?

—Disculpe usted, mi nombre es Isaac ben Yôhännân.

—¿Es usted judío!

—Sí, de Estella

—¿Qué sucede, señor Isaac?

—Unos facinerosos atacaron a un hombre que parece ser de noble cuna, uno de los bandoleros huyó herido por mi mano, el otro delincuente murió en la refriega, el cadáver está tendido en la carreta.

—¿Y el herido dónde está?

—Sentado en el asiento contiguo al conductor del carruaje —respondió el peregrino Francisco Torroja.

—Lo sosteníamos entre el señor Isaac y yo.

—De acuerdo —respondió el galeno—. Pasen, súbanlo a una habitación.

»Martín, el posadero, frunció el ceño, tuvo que habilitar un dormitorio que no se había limpiado.

—No se preocupe, su merced —respondió Isaac—. Yo atenderé los gastos pertinentes.

»Entre el posadero, Martín; Francisco, el peregrino; e Isaac subieron al herido al aposento. Le habilitaron la habitación cinco, contigua a la del médico. Abner empezó su exploración.

—Es un médico muy destacado —comentó Martín a Isaac.

»*Abner lavó* con suma suavidad las heridas, analizó con sus manos por si existía alguna rotura y dictaminó que no parecía ser extremadamente grave, aunque sí bastante magullado, lavó el rostro de sangre y barro que lo cubría y lanzó un resoplido al mirar su rostro.

—*¡Beltrán, Beltrán Ibáñez de Guevara!*

—*¡Qué sucede Abner!* —preguntó Martín.

—*Este es un rico hombre de Guevara y Oñate, ¡un conde!*

—*¡Dios Santísimo!* —profirió Martín el posadero—. *Espero que no nos traiga complicaciones.*

»Martín era buena persona, aunque un poco pusilánime y pachón.

—¿Qué problemas, Martín?

—Vivan tranquilos —afirmó Abner—, a este hombre lo conozco bien, voy unos días al año para explorar el estado de salud de la familia, justo ahora antes de regresar a Burgos iba a pasar a saludarlo, aunque siempre paso a mediados de septiembre —constató Abner.

—Ay... Ay... —se quejó Beltrán al despertar—. ¿Dónde estoy? ¿En qué lugar me hallo? ¿Quiénes son ustedes? ¿Estoy prisionero?

—Estad tranquilo, señor —respondió Isaac—, estáis en muy buenas manos, el doctor Abner os está curando las contusiones y magulladuras.

—¡Abner!, amigo, gracias por todo ¿ya es septiembre?

»El médico acostumbraba, si podía, dos veces por año visitar la fortaleza de Guevara en marzo y septiembre, tenía una muy buena relación con los Guevara.

—Serénate, Beltrán, y no es a mí a quien debes dar los agradecimientos, es a Isaac, el ebanista de Estella, que de camino a Salvatierra-Aguraín se topó con los malhechores que te atacaron. Él los derribó.

—¿Dónde tenía que trabajar? —preguntó el conde.

—En la ermita de San Martín —mencionó Abner.

—Sí, el portalón principal se incendió a causa de un rayo y ha quedado muy maltrecho —contestó Isaac.

—Muchas gracias, Isaac, que Dios te guarde y te lo premie. Si alguna vez necesitas de mí no dudes en ponerte en comunicación a través de algún mensajero o personalmente.

—No las merezco, señor, es usted muy generoso para conmigo, aunque para mí es un deber auxiliar al necesitado, ya sea humilde, rico o poderoso —alegó Isaac con sencillez.

—¡Doctor! ¿Cuándo podré volver con los míos? —preguntó Beltrán.

—En tres o cuatro días, Beltrán, cuéntame ¿qué ocurrió, amigo mío, para que fueras sorprendido? ¿Dónde estaba tu escolta? ¿Cómo es que no te defendieron?

—Solo viajaba con un soldado a caballo de mi guardia personal —respondió Beltrán—. Por cierto, ¿cómo está Sebastián, mi escolta?

—Murió en el asalto —respondió Isaac—. Cuando yo llegué estaba tendido, sin vida.

—Pobre muchacho, tenía veintidós años con dos pequeños, no sé cómo daré la noticia a su esposa —exclamó Beltrán.

—Siga, por favor, su relato. —demandó Abner.

—Veníamos del Castillo de Guevara para encontrarme con mi prima Teresa Ibáñez, hija de Gonzalo Ibáñez de Baztán, su situación no es muy halagüeña, yo quería saber de propia voz y en un lugar discreto de Salvatierra sus problemas. Fuimos sorprendidos por estos salteadores de una manera traicionera, supongo que uno estaba oculto entre el matorral, dado que solo vi a uno que me suplicaba una limosna para un peregrino de camino a Santiago. Mi escolta, Sebastián, estaba de espaldas al segundo delincuente que escondido en la maleza aprovechando la oscuridad se arrojó contra mi guarda y lo derribó, el que clamaba mendicidad se abalanzó contra mí y me derribó, armado con algo contundente, me golpeó, no sé qué tipo de arma pudiera llevar, palo o piedra, el caso es que no paró de agredirme estando yo en el suelo, parece ser que perdí casi el conocimiento y... no recuerdo nada más.

—Beltrán, amigo. Deberíamos enviar un emisario con una misiva sellada a Guevara, pidiendo una comitiva para que vengan a recogerte —señaló Abner.

—Comprenderás que no traigo mi anillo para sellar nada.

»Isaac estaba atónito, ¡le había salvado la vida a un noble! Al pacificador de la frontera. «Los caminos del Eterno son inescrutables», pensó.

—Si al señor Beltrán no le parece mal, junto al señor Francisco, usted como médico y un servidor tan pronto como el señor conde esté en condiciones de viajar, podríamos ir con mi carreta hacia Guevara, en definitiva, solo es media jornada de camino.

—Por mi parte, Beltrán, como médico tengo que ser prudente, dejemos pasar dos días y veremos tu recuperación.

—¿Qué opina usted, señor Francisco? —preguntó Isaac.

—Me adhiero a la idea, solo me aparto un poco de mi camino —contestó el peregrino.

—Gracias, son ustedes muy gentiles —susurró Beltrán—, estoy en buenas manos, gracias.

—Finalmente, el posadero se puso a disposición del grupo.

—Mi esposa puede controlar la hospedería junto a Rosita, mi hija, y con mi carreta podríamos transportar los dos cadáveres.

—¡A los buitres! —exclamó Francisco—, el soldado es un buen cristiano, y merece digna sepultura, pero el otro, ¡a los carroñeros!

»Pasaron las horas, retrocedió el día, volvió a caer la noche, Beltrán muy mejorado y amistoso sorbía una buena sopa de gallina vieja, para recuperar fuerzas, en definitiva, todavía quedaba el desayuno de la mañana y el almuerzo del mediodía, los platos y guisos de la mujer del mesonero eran verdaderamente sabrosos.

—Gracias a las divinas manos de mi mujer, Amparo, que me ampara. —Sonrió el posadero.

»Se desvaneció el día y volvió a caer otra noche, la recuperación era excelente y todo parecía salir según lo planeado. Canturreó el gallo la llegada del astro rey, mientras el peregrino mascullaba:

—¡Maldito gallo!, en pepitoria me lo comía hoy.

»Tenían que movilizarse y estar a punto, unas buenas migas con tocino para los cristianos y unas sopas de ajo para los judíos con un par de huevos dentro de la sopa. Suficiente ágape para alcanzar el mediodía, Martín sabía cómo atender a sus clientes.

—Tendremos que amortajar a los cadáveres —señaló Abner.

—Solo el de Sebastián, el otro que se pudra como carroña —gritó Francisco.

—¡No! Francisco, ¡no! —señaló Beltrán—. Pudiera ser una prueba. Entre la tropa y la gente del castillo, quizás alguien nos dé una buena pista para conocer quién es este felón.

»Una buena comida de almuerzo, con civet de liebre para los cristianos y pollo en pepitoria para los judíos. Abner, como rabino, bendijo los alimentos dando las gracias al Eterno. En definitiva, todos eran hijos del mismo Dios. Mientras, Francisco rumiaba: «¿Será el maldito pollo de la madrugada?».

»Finalizada la comida con todo dispuesto para la marcha partieron las dos carretas hacia el castillo de Guevara, Martín el posadero en su carro y Francisco como acompañante junto con los dos cuerpos en la parte trasera, seguían a Isaac y Abner, con Beltrán bien acomodado con almohadones en la parte posterior, algunas frutas y agua como provisión, partieron hacia la fortaleza.

»Tal como esperaban, cerca del mediodía llegaron a Guevara.

—Ah... del castillo —gritó Abner—. Soy el médico, Abner de Burgos. ¡Abran el portalón! Traigo a un herido.

»Las pesadas puertas se abrieron y el capitán del castillo preguntó:

—¿Quién es su acompañante?

—¡Esto no importa! —masculló desde el interior del carromato Beltrán.

—¿Cómo? —vociferó el capitán—. ¡Basta ya, Felipe!, soy Beltrán, tu señor y a un herido se le atiende.

—Discúlpeme, señor.

»Beltrán fue introducido en sus aposentos y los dos cuerpos fueron entregados al prior franciscano José Garmendia, máximo responsable de la iglesia en la fortaleza, para poder darles cristiana sepultura. Beltrán dio órdenes al capitán para que toda persona del castillo y alrededores vinieran para intentar descubrir si alguien tenía conocimiento del asaltante. El conde le detalló lo sucedido a Felipe, y lo puso en alerta.

—Nunca se sabe el alcance del suceso—exclamó Beltrán.

»Al día siguiente después del sepelio de Sebastián, su acompañante, Beltrán y Felipe acompañaron a la viuda hasta su aposento. La esposa del conde consolaba a la pobre mujer.

—No estás sola, mi protección estará contigo siempre a ti y a tus hijos, Lucía.

—Gracias, señora, muchas gracias.

»Pasaron la siguiente noche en la fortaleza y Martín, Abner y Francisco optaron por partir cada uno a sus lugares de origen. Martín, el